

LA LIDIA



2ª EPOCA
ARTE · LITERATURA · SPORT
AD^{MON} ARENAL 27, LITOG^A

NÚMERO CORRIENTE
20 CÉNTIMOS

LA LIDIA

NÚMERO ATRASADO
30 CÉNTIMOS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID..... Trimestre 2'50 Pts.
PROVINCIAS Y PORTUGAL " 3 "
EXTRANJERO..... Año..... 15 "

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

EDITOR PROPIETARIO
JULIÁN PALACIOS
ARENAL, 27, LITOGRAFÍA.—MADRID

PRECIO PARA LA VENTA

Mano de 25 ejemplares.. 3'75 Ptas.

El pago de los paquetes lo verificarán por adelantado los corresponsales que no tengan referencias en la Administración.

Ningún anuncio reúne circunstancias tan favorables para el comercio y la industria, como aquel que se publica en periódicos ilustrados de reconocido crédito, puesto que á la gran circulación del número, ha de agregarse la permanencia por largo período de tiempo, ya que, por regla general, todos los lectores coleccionan por años esta clase de publicaciones.

LA LIDIA, reconociendo esto y contándose en el número de las Revistas que con más favor ha acogido el público, ofrece con grandes ventajas la publicación en sus columnas, bajo la siguiente

TARIFA DE PRECIOS DE ANUNCIOS Y RECLAMOS

ANUNCIOS

La línea del cuerpo 7, de 40 milímetros de ancho (una columna), tipo y ancho de columna por que miden sus anuncios *El Liberal* y demás periódicos, **25 céntimos.**

RECLAMOS

En la *Sección de Recortes*, intercalados con trabajos literarios, la línea del cuerpo 8, de 53 milímetros de ancho, **0,75 pesetas.**

Los originales de los anuncios deben quedar en poder de la Administración ocho días antes de su publicación.

DESCUENTOS

Sobre los precios fijados, y siempre que las inserciones sean seguidas, hacemos los descuentos siguientes:

De 5 á 8 inserciones	5 por 100
De 9 á 13 »	10 »
De 14 á 18 »	15 »
De 19 en adelante	25 »

Para los anuncios que ocupen una ó más páginas completas, precios convencionales.

Para los anuncios ilustrados, regirán los mismos precios, con el aumento del coste del trabajo artístico que de antemano establecerá esta Administración.

LA TIRADA DE «LA LIDIA» EXCEDE DE 15.000 EJEMPLARES POR NÚMERO

Administración: **ARENAL, 27, Madrid.**

LA LIDIA

[Segunda Epoca]

ARTE=LITERATURA=SPORT

AÑO XIII

COLABORADORES LITERARIOS

LOS SRES. ALCAIDE DE ZAFRA, BARADO, BERRIO, BLANCO ASENJO,
BLEU, CABEZÓN, CAMPO, «CÁNDIDO (DON)», CÁVIA, CHAVES (M.), FABRA,
FERNÁNDEZ CAMPANO, FRONTAURA, IBÁÑEZ MARÍN, «JERÓNIMO (DON)», LAPOULIDE,
LARRUBIERA, LASSO DE LA VEGA, LEFRANC, LEYVA, LIERN, LÓPEZ ALEN, LÓPEZ SILVA,
MANUEL DE VILLENA, MARTÍ-MIQUEL, MÉLIDA, MILLÁN, MORENO GODINO, OSSORIO Y BERNARD,
PEÑA Y GOÑI, PÉREZ NIEVA, PÉREZ ZÚÑIGA, PÉREZ Y GONZÁLEZ, RENAN, RETES,
RODRÍGUEZ CHAVES, SACO, SÁNCHEZ PÉREZ, SÁNCHEZ DE NEIRA, VALLEJO,
SILES, «SOBAQUILLO», SORIANO, TODO Y HERRERO, URRECHA,
VELILLA, ZAHONERO.

COLABORADORES ARTÍSTICOS

LOS SRES. ALBERTI, ANDRADE, ASPIAZU, BANDA, CARCEDO, CARDONA, CEBRIÁN, CILLA,
CUARTIELLES, CUSSACHS, ESTEVAN, FERNÁNDEZ MOTA, «FERRY», HUERTAS, «KLONG», LAGARDE, MÉNDEZ
BRINGA, NAVARRO (ROMÁN), PEREA (ALFREDO Y DANIEL), PICOLO, PLA, PONS, REINICHE, UNCETA

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA, PAEZ, LAURENT, PRAST Y QUINTANA

LITOGRAFÍAS Y CROMOTIPIAS DE J. PALACIOS.

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

TEXTO

	Págs.		Págs.
ALCAIDE DE ZAFRA (J.) — Al reló del tiempo.....	239	LÓPEZ ALEN (F.) — Las casas de Oquendo.....	296
— Cantares.....	269	LÓPEZ SILVA (J.) — Juicio de faltas.....	174
— Las rosas de té.....	294	MANUEL DE VILLENNA (José). — El ejemplo de las flores.	257
— Los domingos de Torrijos.....	406	MARTÍ-MIQUEL (Jaime). — Fabla el arcipreste de Hita..	108
— Los dos záfros.....	438 y 439	— La selva negra.....	227
Aventura de un poeta.....	19	— Soneto.....	425
BARADO (Francisco). — La pintura militar....	55, 78 y 159	MÉLIDA (José Ramón). — El corsé á través de los siglos.	104
BERRIO Y RANDO (A.) — El tambor.....	87	MILLÁN (Pascual). — El reserva.....	206
— La interview y el trancazo.....	344	MORENO GODINO (F.) — Amor torero.....	313
— El avaro.....	371	Muerte del Espartero (La).....	122
BLANCO ASENJO (R.) — Vivir sin alas.....	381	OSSORIO Y BERNARD (M.) — El hombre tercero.....	10
BLEU (F.) — Cartas sin sobre.....	284	— ¿Para qué sirven?.....	28
CABEZÓN (Eustaquio). — Proyecto de un sablazo.....	52	— Industria madrileña.....	54
CAMPO (Manuel del). — El sport velocipédico.....	148	— Una segoviana.....	63
CÁNDIDO (Don). — Semana taurina. 23, 33, 45, 71, 83,	179	— Monólogo de un concejal.....	80
93, 105, 114, 143, 149, 165 y		— La fiesta de San Isidro.....	95
— El último tributo.....	129	— La fiesta del Corpus.....	111
— El toreo cnico.....	249	— Consejos paternales.....	154
— La jornada de Aranjuez.....	308	— La burgalesa.....	162
— ¡Magnífica fué en verdad!.....	317	— Aniversarios históricos.....	182
— Conflicto entre dos contratos.....	335	— La murciana.....	210
— Tropiezos y revolcones.....	347	— El juglar.....	214
— Así habrá paz.....	317	— La cordobesa.....	219
— Las boqueadas.....	365	— La charra.....	234
— Carreras de obstáculos.....	377	— La sevillana.....	250
— El último capítulo.....	338	— La vuelta del marino.....	259
— El rosario de la aurora.....	407	— La gallega.....	270
— ¡Esto sá acabao!.....	417	— La alcarreña.....	303
Carreras de velocipedos.....	341	— Remordimiento y consuelo.....	320
CAVIA (Mariano de). Coche parado, (crónicas al aire		— Al mercado.....	331
libre) 2, 14, 26, 38, 50, 64, 74, 113, 194, 218 y	314	— Las últimas de la playa.....	342
— Los reyes en el destierro.....	242	— Explotar el físico.....	316
CHAVES (Manuel). La manzana.....	395	— D. Manuel María de Santa Ana.....	368
— Periquito hecho fraile.....	403	— Diagnóstico, pronóstico y plan curativo.....	383
Don Federico Madrazo.....	146	— Diálogos de circunstancias.....	392
FABRA (Nilo María). — A la puerta del Cielo.....	48	— Diálogos de actualidad.....	412
FERNÁNDEZ CAMPANO (E.) Una carta.....	311	— Conferencias culinarias.....	424
FRONTAURA (Carlos). — ¿Quién no se equivoca?.....	59	PEÑA Y GOÑI (Antonio). — La última corrida de Fras-	
— Calle de Arrieta, calle de Barbieri.....	81	cuelo.....	4
IBÁÑEZ MARÍN (J.). — El sargento.....	190	— Boleas y reverses.....	22 y 172
— ¡Viva mi novia!.....	208	— Mater pelotárribus.....	57
JERÓNIMO (Don). — La retirada de Guerrita.....	184	— La verbena del Real.....	68
— Rossini y Guerrita.....	196	— Los maestrillos y el maestrazo.....	76 y 86
Juan Martínez Villergas.....	88	— Sede vacante.....	98
LAPOULIDE (Juan). — ¡Yo torero!.....	232	— No hay peor sordo.....	110
— Un táctico de puntas.....	328	— Arana y Beti jal.....	129
— Las bromas de Borregón.....	416	— López Silva.....	151
LARRUBIERA (Alejandro). — La experiencia.....	405	— D. Mariano Vázquez.....	158
— El triunfo de Pericles.....	428	— Música del p orvenir.....	188
LIASSO DE LA VEGA (Angel). — Las falsas apariencias....	344	— El triunfo de Guimón.....	212
LEFRANC (J.). — Un cajero de reserva.....	69	— La vuelta del Nautilus.....	220
— Los rateros.....	72	— El reglamento de los frontones.....	248
LEYVA (Nicolás). — Miss Jenny.....	340	— Pleamar donostiarra.....	256
LIERN (Rafael M. ^a) — Casualidades.....	215	— Bofill.....	268
— Vejece.....	319	— Desde San Sebastián.....	278
— Una afición bien puesta.....	332	— D. Antonio de Oquendo.....	290
— ¡Pobre Arturito!.....	419	— Soldados en miniatura.....	304

LA LIDIA

Revista semanal ilustrada.

AÑO XIII.

MADRID, 2 DE DICIEMBRE DE 1894.

NUM. 37.



CAMINO DEL MERCADO (Acuarela de Picolo.)

ADVERTENCIA

SIGUIENDO la costumbre establecida por este periódico durante los doce años anteriores, LA LIDIA suspende con este número su publicación, hasta la inauguración de la próxima temporada taurina.

Como de costumbre, todas las suscripciones pendientes de LA LIDIA, seguirán sirviéndose al comenzar la próxima campaña.

A instancias del público y de centenares de aficionados, cuyas cartas poseemos, dándoles aquí gracias por las cariñosas frases y laudatorios conceptos que en todas ellas hay para nuestra modesta publicación, LA LIDIA reanudará sus tareas en forma muy semejante á la que ostentara, con general aplauso, durante su primera época; dando con esto á nuestros lectores nueva prueba de que para nosotros son mandatos sus advertencias. Por sus ruegos volvimos al palenque de la prensa, ya que el indiscutible mérito de algunos lidiadores marcaba nueva época en el arte de torear, después de la retirada de Lagartijo y Frascuelo, y por sus consejos ostentaremos los ropajes de las antiguas campañas: tan obligados estamos á sus constantes é impagables favores.

La forma actual de esta publicación, será para nosotros base de otra más en armonía con la índole de los trabajos artísticos que han visto la luz en estas páginas, y que, por testimonio del público y de la prensa en general, aun en pugna con nuestra modestia, están á la cabeza de todo lo que en este género de trabajos se ha publicado en España. De ello tendrán nuestros lectores oportunamente noticia, limitándonos por hoy á reiterarles nuestra gratitud por los favores recibidos, y los que ha de seguir dispensándonos.

EL SACRIFICIO DE ISAAC

Cómo me las compondría yo para contar á ustedes el estreno de *La Sortija*? ¿De qué medios me valdría para dar á ustedes idea del cruento sacrificio del público, llevado á cabo por el hijo de Abraham?

Figúrense ustedes que llueve, pero no á torrentes; porque la lluvia torrencial, con su estrépito alegre y el agua que cae de los canalones y la que corre por el arroyo cegando los agujeros del desagüe, tiene sus atractivos.

No, no se figuren ustedes esa lluvia. ¿Han estado ustedes en Bilbao alguna vez? ¿Conocen ustedes el *sirimiri*? Es una lluvia menudísima, pegajosa, tenaz, insoportable; un polvillo acuoso que se desprende del cielo como un vaho, queda pegado á la tierra cual babá de las nubes, y sume al mísero mortal en una tristeza líquida, cogollo del aburrimiento y quinta esencia del spleen.

Mientras dura el *sirimiri*, la inteligencia se embota, entumécese el espíritu, el cuerpo se enmohece, y queda cualquier cristiano convertido en la estampa de la estupidez.

¿Remedios? No queda más que uno al triste *sirimirido*: el suicidio. ¿Que no lo entierran en sagrado? Pues que no lo en-

tierran; la muerte representa en ese caso la dulce libertad, y se sacrifica todo con tal de disfrutarla, después de aquel amodorramiento que rebaja al hombre á la categoría de materia inorgánica.

¿Se han enterado ustedes bien? Pues eso es *La Sortija*; un *sirimiri* antimusical y antiteatral con todas sus consecuencias.

Ni la sombra de una idea; ni la más pequeña noción de la sintaxis del arte; la orquesta convertida en uno de esos vetustos pianos que suenan á hueco y se mueren del asma; las voces, arrastrándose en una *tessitura* lúgubre, hiposás, medio afónicas, en una especie de anquilosis de las cuerdas vocales; ni forma, ni estructura, ni colorido, ni sentido común musical; en suma, una lata isócrona, *isófona*, *isógona* é isoterma, que envuelve al espectador en la niebla del aburrimiento, y acaba por dejarlo anestesiado, á merced de cualquier practicante que quiera entregarse *in anima vili* á ejercicios de amputación.

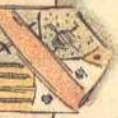
¡Y eso durante dos actos mortales de necesidad! ¡Veinte números cometidos con premeditación, alevosía y ensañamiento; diez en cada acto, para que no se escape ni una rata!

EL JUICIO DE PÁRIS



\$ 1900 000

\$ 480 000



\$ 240 000

A. PONS

M. PONS

El público padeció aquella jaqueca luctuosa con una manse- dumbre digna de mejor causón. Durante el primer acto, man- túvose resignado, porque el teatro estaba lleno de parientes del interfecto, y veíanse entre ellos á Abraham y á Jacob con toda su descendencia.

Cuando llegó el acto segundo y pudo observarse que la tabarra no tendría fin, hubo israelitas rebeldes que comenzaron á mover los báculos y dar con ellos en el suelo; otros, que soltaron el regulador de los bostezos y las risas, y otros, más ladinos, que dijeron: ¡ahí queda eso! y salieron por pies.

Al caer el telón, como un sudario, unos pocos hebreos recal- citrantes que llevaban alabardas, rompieron á aplaudir. El egregio director de orquesta Sr. Pérez Cabrero, que se pirra por exhibir su personalidad en las tablas, corrió entonces al escenario, sacó á empellones á Isaac, y ambos á dos, el Isaac y el Cabrero, salieron muy campantes á contemplar las espaldas de los pocos espectadores que corrían huyendo de la quema.

Y así acabaron el sacrificio de Isaac, y el sacrificio del público, y el sacrificio del arte; y no sé cuántos otros sacrificios que se- ría prolijo enumerar.

Tal ha sido el *debut* en la villa y corte de España del gran compositor que, según un eminente crítico que le ha salido á última hora al *Imparcial*, ha escrito la música de *La Sortija*, separándose de los moldes en que venía vaciándose el género de zarzuela.

En Apolo, con *San Antonio de la Florida*, clavó medio par de banderillas en la mismísima tripa del bicho; en la Zarzuela, con *La Sortija*, ha querido matar por primera vez un novillo, y se lo han echado al corral.

¡Y eso separándose de los moldes en que venía vaciándose el género de la zarzuela! ¿Saben ustedes qué hay que hacer para separarse de esos moldes? El eminente crítico J. de L. del *Imparcial*, lo dice muy guapamente:

«Reveló el Sr. Albéniz sus profundos y extensos conoci- mientos musicales, y lo reveló con exceso; cosa perjudicial y esen- cialmente desfavorable, pues el sentido de la proporción es la primera cualidad de toda obra de arte.»

Entendámonos, si podemos. La proporción, en este caso, no puede ser más que la armonía de las partes con el todo, que, según el profundo musicólogo J. de L., quedó rota por el exce-

so de profundos y extensos conocimientos musicales del autor de *La Sortija*. ¡Dios de Israel! Eso no necesita comentarios.

Además hay otra cosa. Si en una obra de arte resulta todo bello, no hay proporción que valga. Si todo es malo, como ocu- rre con *La Sortija*, ¿para qué quiere J. de L. mejor proporción? Las partes malas, el todo detestable. ¡Y todavía se atreve el crítico á decir que falta al Sr. Albéniz el sentido de la propor- ción!...

Verdad es que en seguida remacha el clavo, escribiendo:

«Como músico, el Sr. Albéniz no tiene nada que aprender; al contrario, tiene mucho que olvidar; cuando lo logre, soltará el lastre que le impide elevarse á las superiores regiones de la inspiración y de la originalidad.»

¡Amen, Jesús, y usted que lo vea, que no lo verá! Es decir, que para elevarse á las superiores regiones de la inspiración y de la originalidad musicales, hace falta no tener nada que aprender, y dedicarse á olvidar mucho de lo que se sabe.

¡Ay, Sr. de L.! Si eso fuera cierto, esté usted seguro de que *La Sortija* sería una obra maestra, un monstruo de inspiración y de originalidad. Porque, según usted, el compositor será tanto más inspirado y original, cuanto sea más ignorante; y crea us- ted que, en achaques de música teatral, el Sr. Albéniz es un modelo de ignorancia; como usted, por exceso de benevolencia, no ha querido ó no ha podido comprender.

Pero, en fin, ya sabemos, gracias á J. de L., la diferencia que hay entre los moldes antiguos y los modernos moldes.

—¡Aprended, aprended y aprended! Y cuando creáis que lo sa- béis todo, volved á aprender; que la perfección no es de este mundo, y sólo merece el nombre de artista aquel que aspira á la perfección.

Eso han dicho Mendelsshon, Wagner, Verdi y otros *congrios*, recomendando los antiguos moldes.

—¡Olvidad, olvidad y olvidad! El saber no es más que *lastre* que cierra las puertas á la originalidad y á la inspiración.

Eso dice en *El Imparcial* ¡á fines de 1894! el eminente musi- cólogo J. de L., haciendo la apología de los moldes modernos.

¡Basta! Creo que con lo dicho tendrán ustedes idea aproxi- mada de lo que ha sido, y de los estragos que ha causado el sa- crificio de Isaac.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

El héroe de los Castillejos.

El cielo entoldado amenazando lluvia próxima, había hecho al mayoral arrear el tiro, y en vez de llegar al pueblo con el tiempo preciso para tomar el tren económico á la ciudad, acababa de pararse la herrumbrosa carretela ante la fonda de la carretera, con una hora de anticipación. La perspectiva del plantón era aterradora. Sesenta minutos no bastaban para visitar la villa, para admirar sus monumentos artísticos de que no carecía, para recorrer sus afueras pintorescas, y en cambio sobraban para aburrirse.

El saldo de mis pecados no había llegado aún sin embargo, y estirando las piernas entumecidas por cinco horas de coche, tropeceme de pronto con un transeunte que, abriendo los brazos me gritó:

—¿Tú por aquí?

El encuentro me produjo una profunda alegría. Tratábase de un condiscípulo de la infancia, á quien no veía hacía muchos años, y que desempeñaba una plaza de abogado fiscal en la capital de la provincia. Veinte

veces habíale prometido hacer una de mis excursiones veraniegas á su hermoso rincón de los castaños, sin cumplirle nunca mi palabra; y á la verdad, ahora que le recorria, me contrarió no poco la respuesta que en su oficina me dieron quince días antes:

— Está en el campo.

— Por supuesto que no te me escapas — me dijo mi antiguo compañero — sin pasar una temporada conmigo. ¡Nada, nada! Tú no tienes ahora precisión de ir á ninguna sitio; me diste tu palabra de visitarme hace un siglo, y por si se te ha olvidado, te secuestro. Me he casado, sabes, y soy ya dos veces padre. Te presentaré á mi mujer y á mi suegro, un buen tipo, ya verás. Haremos excursiones. Supongo que vendrás de la cueva de la Virgen. Pues no importa; no creo que te pese volverla á contemplar.

Y sin dejarme meter baza, me llevaba cogido del brazo calle adelante, hasta conducirme á un cesto con toldo que le aguardaba en las afueras. No hubo más remedio que ceder, renunciar al tren, mandar por la maleta á la fonda y dejarse conducir á la granja. Apenas empleó una hora el coche en llevarnos por un camino vecinal, abierto entre castaños y robles.

Nuestra llegada á la quinta fué un acontecimiento. Dos angelillos rubios, tostados por el sol, curtidos por la vida en plena Naturaleza, se aupaban para mirar por entre los borrotes de la verja, gritando: ¡Un señor! ¡Un señor! ¡Viene con papá! Con los muchachos acudieron á recibirnos una joven de dulce rostro y distinguido continente, y un anciano setentón, alto y recio, con marciales bigote y perilla, trascendiendo á la legua á retirado. Quedó hecha la presentación sin cumplidos, con la sencillez que engendra el campo, y en pelotón después á ver la casa.

No quedó nada por examinar en aquel disimulado paraíso, en el que la lluvia proverbial en el país tenía dos enemigos formidables: una mesa de billar y un piano.

Los niños, confiados á mí á la primera caricia, me enseñaron sus juguetes; la madre me mostró sus ingertos; mi amigo no cabía de gozo en el pellejo. Y llególe su turno al suegro, al visitar cocheras y cuardras. Abrió de pronto una puerta, y me dijo con grave acento:

— ¡Pase usted!

Pasé y vi un gran caballo blanco, de mucha alzada, pero sumamente viejo. El pelo crecido había ya perdido su lustre; en los tobillos le nacían unos remolinos crespos, rebeldes á toda tijera; las crines le caían largas y lacias á un lado del flaco cuello, y desaparecidas ya toda vislumbre de formas, conocíasele entero el esqueleto por lo enjuto de las carnes chupadas por la edad. Al oír ruido volvió la cabeza y miró con unos ojos vidriosos y apagados. Pero lo que chocaba desde luego, era el aseo, las comodidades que rodeaban al animal. Adivinábase allí una mano solícita, un culto constante, un pensamiento fijo en el venerable cuadrúpedo, que velaba por su reposo, que le abrumaba de cariño.

— ¿Cuántos años cree usted que tiene? — me preguntó el veterano dándole una palmadita en el cuello al caballo, á la que él respondió con un suave relincho.

— ¿Qué se yo? ¡Muchos!

— ¡Treinta y seis! ¡Es un fenómeno de que habrá pocos casos!

Con él hice la campaña de Africa recién salido de la academia de Valladolid. ¡Ahí donde usted le ve, ha estado con los húsares en los Castillejos! Con él peleé luego en Santo Domingo, y con él me batí después con los carlistas. No he montado nunca otro. Cuando me retiré de brigadier me lo traje, y ¡no se ría usted! le quiero como á una persona; y el día en que se muera tendré un verdadero pesar. Mientras tanto rodeo sus últimos años de comodidades, que bien se las ha ganado... y se las gana, porque todavía presta servicio.

El veterano hablaba con la voz trémula, lleno de emoción, besando con las miradas al noble bruto. Volvió á acariciarle y salimos de la cuadra. La señora de mi amigo sabía hacer los honores á maravilla. Una mesita de laca soportando una jarra de cerveza y varias copas de cristal de largo cuello, nos esperaban en la salita del piano. Enredóse la conversación; se habló de la villa y corte; la joven cantó al piano, y de repente oyéronse en el huerto-jardín voces y carcajadas. Mi amigo me miró sonriéndose, y nos asomamos á un balcón.

Era un extraño convoy. El viejo caballo blanco enganchado á una victoria de mimbre liliputiense, un verdadero juguete, y conducido del diestro por el veterano. Dentro del cochecillo, regocijados y alborotadores, iban las dos criaturas. Así daban todas las tardes su paseo.

Aquel dulce consorcio de la infancia y de la senectud me conmovió; hasta que se perdió de vista estuve contemplando el tierno grupo. Me expliqué entonces las palabras del veterano al enseñarme su antiguo corcel de batalla, y consideré el extraño destino del héroe de los Castillejos, del caballo de húsar paseando en sus últimos años á unos niños.

LOS DOS ZAFIROS

(CUENTO PERSA)

Al-Dhejáde, el exigente Al-Dhejáde estaba satisfecho aquel día de sus discípulos: habían recitado, sin equivocarse en lo más mínimo, el primer *Sura* del Korán, las odas de Ferdusi, y la *gacela* de Hafiz, por lo que el sabio maestro de la juventud musulmica de Yezd, concedió á sus hijos en la sabiduría, como premio á su aplicación, el que saliesen á recrearse por las hermosas arboledas que rodeaban la ciudad, durante cuyo paseo les contaría una de aquellas maravillosas leyendas á que eran tan aficionados.

Envolvióse en su amplio y blanco albornóz, y, en compañía de sus jóvenes amigos, atravesó el barrio de los Güebros, fanática secta de adoradores del fuego, y salieron al campo por la puerta occidental de la ciudad, en busca de la plácida sombra con que brindaban los huertos de moreras, y los floridos almendros que crecían en los linderos del camino.

Al llegar á un sitio en que los morales unían de tal modo sus copas, que no dejaban paso á los rayos solares, sentóse Al-Dhejáde al pie de un tronco, rodeado de su ya impaciente auditorio, y acariciando su luenga y nevada barba, comenzó con patriarcal acento la prometida narración.

* * *



«¡Allá! pasado el gran desierto de Salé, se eleva una gran cordillera que domina el mar Caspio, y cuya más alta cima parece desafiar al cielo... Entre sus quebradas cortaduras nació Nardir-Scháh, ese afortunado aventurero que, apellidándose Thamas-Kuli-Khán, promovió la revolución que había de sentarlo en el trono de los Sophis. Con su espada sometió el Afghanistan al imperio persa; pero á su muerte desmoronóse su obra, y sobrevino la más espantosa de las anarquías.

Por entonces vivía en Kazbin un pobre comerciante de Recht, á quien Alláh había dotado de las más bellas prendas físicas y morales, negándole en cambio los bienes terrenos; pues sólo poseía un triste camello, con el que transportaba al puerto de Balfruch. armas, terciopelos y perfumes, géneros que constituían su reducido comercio.

No obstante lo escaso de su fortuna, enamorado locamente de una hermosísima circasiana, tan pobre como él, no vaciló en tomarla por compañera, juzgándose ya con esto el más venturoso de los hijos del Profeta.

Krémina, que así se llamaba el objeto de su amor, podía competir en hermosura con la más bella huri del Paraíso: cimbrábase su tallé como las gentiles palmeras que se mecen sobre las ruinas de Susa; era su cutis brillante y aterciopelado como las telas de Isphaán, y á través de él, veíanse sus venas al parecer formadas por menudos hilos de azuladas turquesas; sus labios frescos, rojos y suaves, recordaban las delicadas y encantadoras rosas del valle de Chirés, y su hermoso rostro aparecía siempre risueño como los alegres campos del Ghilán y del Mazeudesán...

Mas ¡ay! que esta rosa como todas las que nacen en los jardines del mundo, tenía también sus espinas... La ambición y el afán de poseer inmensas riquezas, dominaban por completo á la bella circasiana. Ser poderosa era su único pensamiento.

Siempre que Balkú emprendía un viaje para vender sus mercancías, aprovechaba la esposa su ausencia, yendo á consultar su horóscopo con adivinos y hechiceros, para conocer si la suerte le tenía reservado gozar algún día de cuantiosos bienes. Mas cada vez que iba perdía una ilusión; pues los conocedores del porvenir le aseguraban que la fortuna le sería siempre contraria.

Acaeció en esto la muerte de Nadir-Scháh, y el imperio ardía en fratricida lucha; por doquiera se sublevaban nobles y plebeyos, destrozándose en encarnizada guerra; mas Balkú seguía como de costumbre haciendo sus viajes, y Krémina consultando astrólogos y adivinos. Un día en que visitaba á uno de éstos, su alma se llenó de júbilo al oír que le decía: — Por Alláh, hermosa mujer, que es llegado el instante de que seas feliz, si tienes un hombre valiente que te ayude... Habla — gritó Krémina. — El Dios de los Destinos me acaba de revelar un secreto, que dejará de serlo para ti, si juras protegerme cuando seas poderosa... ¡Lo juro! — Pues escucha: En los montes Elbúrz, se eleva un gran pico llamado el Demavénd, al pie del cual se abre una gruta, en cuyo fondo depositaron los hados, después del Diluvio, dos brillantes zafi-

ros. El que consiga llegar hasta ellos, tendrá poder para todo... Nadir-Scháh que vivió en esas montañas y le había sido revelado el secreto, así lo hizo... y de simple pastor que era, llegó á ser Emperador de los persas... Ahora ya puedes ser dichosa, si tienes un hombre que se atreva á llegar hasta los dos zafros; pues para las mujeres no tienen tal virtud...

Al amanecer del siguiente día trepaba pausadamente un camello por las cortadas laderas del Demavénd, llevando sobre su joroba una bellísima circasiana, y caminando delante de él, iba un hombre al parecer abismado en profundas reflexiones...

— Esta debe ser la gruta: enciende la tea y sígueme, pidiendo á Alláh no nos castigue por creer en los que pretenden con su ciencia descubrir sus secretos designios.

— No pienses en eso, y acuérdate sólo de la felicidad que nos espera si llegamos á tocar el poderoso talismán...

Así conversaban Balkú y Krémina al penetrar por una angosta abertura que se abría al pie del gigantesco Demavénd. Mas no habían recorrido un corto espacio, cuando la voz enmudeció en sus gargantas, no atreviéndose á turbar el pavoroso silencio que bajo aquellas bóvedas de granito reinaba.

Cogidos fuertemente de la mano, andaban lentamente por el subterráneo camino, que apenas iluminaba la rojiza luz de la antorcha; ésta aparecía en la oscuridad como un punto brillante, cuyos resplandores fulguraban fantásticamente en los estalácticos adornos de aquel maravilloso palacio, que parecía no tener fin. Y conforme iban internándose en él, un instintivo miedo hacia temblar sus cuerpos, ya casi pasmados por intenso frío. De pronto, al revolver un pasadizo, dos vividos y claros destellos hirieron sus ojos, y Krémina, dejando escapar la antorcha de su mano, prorrumpió en un salvaje grito de alegría, que el eco repitió por todo el subterráneo.

Allá, muy lejos, en el fondo de tenebrosas oscuridades, brillaban refulgentes dos puntos azulados, cuya luz llegaba hasta ellos. Mirábanlos entre espantados y codiciosos; y cual si fuesen impelidos por oculta y potente fuerza, avanzaron rápidamente por aquel laberíntico sendero, abierto entre las rocas, en cuyos salientes picos dejábanse hechos girones pedazos de sus largos ropajes. Sin embargo, cada vez avanzaban más hacia aquellos dos luceros que se destacaban en las tinieblas; cada vez los veían más cerca, más claros, más brillantes, hermosos y deslumbradores... ¡Al fin iban á ser poderosos; al fin iban á ser felices!...

¡Corre, corre, Balkú, corre y tócalos pronto... y serás el Schád de los persas!...

Un grito desgarrador siguió á estas palabras; después oyóse el ruido de dos cuerpos que caían pesadamente; después... nada.

Balkú habíase precipitado en

una profunda grieta que se abría á lo largo del pasadizo, y Krémica yacía sin sentido sobre su borde.

Al volver en sí, comprendió lo terrible de su situación; debían haber pasado muchas horas, sería quizás de noche; el frío y la humedad habían entumecido completamente su cuerpo.

Inclinóse sobre la abertura, sin que de lo profundo se percibiese el más ligero ruido. Llamó á Balkú, y sólo contestó el eco; miró hacia donde estaban los zafros, y ¡oh desesperación! ya no brillaban allí. Entonces, loca de dolor, arrojóse al abismo que se abría á sus pies, mas no halló en él la muerte que esperaba, pues fué á caer sobre el inanimado cuerpo de Balkú...

¡Y allí, en el fondo de aquella negra sima, pasó llorando largas horas sobre el cadáver de su esposo!... Y al alzar la vista para pedir á Alláh misericordia, vió aparecer en las alturas dos luminosos puntos, cuya claridad aumentaba según transcurría el tiempo... No pasó mucho sin que comprendiese lo que tenía ante su vista. Aquellos brillantes destellos que tomara por refulgentes zafros... sólo eran dos pequeñas aberturas de la cueva, á través de las cuales se veía el purísimo azul del cielo... »

¡Esto, mis amados hijos en la sabiduría, es lo que sucede á los ambiciosos de la tierra: no vacilan un momento de penetrar hasta en sus entrañas, creyendo encontrar allí su felicidad... y sólo miran hacia arriba; y comprenden que ésta se halla sólo en el cielo, cuando han caído en el abismo de la desesperación!...

JOAQUÍN ALCAIDÉ DE ZAFRA



EL INDICIO

(CUENTO DE AUTOS)

I

EN los pueblos pequeños, la retina se llega á acostumbrar de tal modo á la impresión repetida de las mismas imágenes, que sería muy difícil asegurar, por ejemplo, si el borrico que se revuelca en medio de la polvorienta calle, ó la mujer que rasca con desportillada lendreras el cuero cabelludo de la desgredada hija de sus entrañas, son cosas del momento, ó han estado allí siempre haciendo eternamente lo mismo. Demos de barato que tales hechos sean transitorios y accidentales; pero hay que convenir en que la uniformidad con que se suceden, constituye la permanente monotonía de que disfrutaban los vecinos, como si se tratara de bien comunal, á cuya conservación contribuyen todos sin hacerle la merced de un bostezo, inconscientes de su propio aburrimiento, á la manera de los salvajes que, ajenos á todo concepto del pudor, pasean la desnudez de sus cuerpos con desvergüenza paradisiaca.

Me ha conducido á estas observaciones el recuerdo grabado profundamente en mi memoria por la acción constante y uniforme de un hecho que, como gota de agua en la piedra, cayó en mi cerebro de una manera rítmica.

Hace algunos años, cuando aún no habían suprimido el juzgado de Lindaraja, loro de la Administración pública que se ha quedado sin el chocolate de la primera instancia, todas las tardes, á la hora del crepúsculo en invierno y cuando terminaba la de la siesta en verano, veíase al alguacil de semana con el bastón de borlas verdes, símbolo de su autoridad alguacilesca, bajo el sobaco, y los dedos de la mano derecha metidos en el asa de una gran caja de caoba. En ésta iba la correspondencia oficial y privada del señor juez.

Cuando estaba de servicio Melquiades, á quien sus convecinos llamaban *Tripaseca*, apenas le veía el señor Dionisio el alpargatero doblar la esquina de la calle Mayor, de vuelta del correo, preparábase á oír la frase que ya se había hecho sacramental:

— *Donisio*, aquí llevo el cepillo é las ánimas.

La intensidad del efecto cómico que este peregrino rasgo de ingenio producía en el industrial, era siempre la misma. Dionisio, como las codornices flojas que nunca pasan de los tres golpes, hacía vibrar en su garganta una risita igual á la de la tarde anterior, y continuaba apretando la trencilla de cáñamo en el banco de hacer suela, sin que se hubiese alterado en lo más mínimo la habitual expresión de su rostro.

La frase de Melquiades y la carcajada de Dionisio, habíanse hecho consuetudinarias. Mientras los jueces pasaban por aquel distrito con una rapidez escarnecedora de la decantada inamovilidad judicial, la caja y el ingenio del alguacil seguían tan frescos, resistiendo á la corriente arrolladora del tiempo.

II

Pero un día, las cañas se volvieron lanzas: el chiste se convirtió en insulto; la risa cortés trocóse en mirada de basilisco, y sobre los firmes cimientos de la amistad, se abrieron rechinando las puertas del templo de Jano. El *casus belli* fué el denigrante apodo del agente de la autoridad judicial, en mala hora pronunciado por el alpargatero; pero aquél fué olvidado, como se olvida la chispa ante el incendio devastador que ocasiona, mientras se aumentaba el odio mutuo. ¿Quién se acordaba ya de Helena, en Troya, cuando se encolerizó Aquiles?

Una tarde, el juez D. Heliodoro Sañudo, que aguardaba con impaciencia el correo, asomóse al balcón y vió á Melquiades, con la caja, cerca del banquillo donde estaba despatarrado Dionisio, blandiendo el mazo de machacar suela.

— Vamos, Melquiades — gritó el juez á su subordinado.

El alguacil echó á andar; pero, apenas había dado tres pasos, volvióse á su enemigo, y extendiendo con dignidad trágica el brazo derecho para mostrarle en cruz sus dedos pulgar é índice, dijo:

— Por ésta (*aquí una palabra poco clásica*), que te tengo que patear la sangre.

— ¿Qué era eso? — preguntó momentos después D. Heliodoro, mientras revolvía los pliegos oficiales buscando una carta que esperaba.

— Nada, señor juez — contestó humildemente Melquiades. — Bromas nuestras.

III

Ocho días después pesaba sobre Lindaraja la sombría preocupación de un acontecimiento. La monotonía, divinidad familiar del pueblo, había caído de sus altares.

Un peón caminero acababa de dar parte al juez de haber encontrado, detrás de un montón de piedras, á medio kilómetro del casco de la población, y atravesado en la cuneta de la carretera, el cuerpo de Dionisio el alpargatero, muerto violentamente al parecer.

Antes de procederse al levantamiento del cadáver, éste fué reconocido é identificado á presencia del juez. Tenía una gran cuchillada bajo la mandíbula izquierda, donde se coagulaba la sangre, y la cabeza yacía



horriblemente torcida, mostrando la crispada faz llena de regueros sangrientos que se perdían entre los erizados cabellos.

D. Heliodoro, después de hacer algunas preguntas á los jornaleros que trabajaban en los campos cercanos y nada sabían, ordenó la traslación del cuerpo al cementerio, para practicar allí la diligencia de autopsia.

Cuatro hombres de buena voluntad cargaron con el ataúd, siniestro artefacto de tablas medio podridas y despintadas por las lluvias, que se desvencijaban al peso del cadáver. Era aquella la caja destinada á los pobres que iban al hoyo grande.

Melquiades, como sacristán de Temis, caminaba muy inmediato al féretro para ahuyentar á los curiosos que pretendieran acercarse. Seguíanle, á distancia de algunos pasos y en línea de duelo, el

PRIMEROS ESPADAS



José Echegaray.



Federico Balart.



Mariano Benlliure.



L. P. 1897 - Ho.

Antonio Vico.



Luis Mazzantini.

médico forense y el juez; éste en el centro, hondamente preocupado con aquel *mochuelo* que acababa de caerle entre manos.

El digno funcionario estaba como el que tiene que guisar una liebre, y le falta ésta; en su cerebro había empezado la gestación del sumario; pero no encontraba indicio alguno para dirigir el procedimiento.

Al pasar por el pueblo, que la carretera dividía en dos mitades, el cabizbajo D. Heliodoro fijóse en que seguía un itinerario marcado por gotas de sangre: algunas salpicaban la grava tiñendo las piedrecillas enclavadas en el suelo de un color rojo, encendido y fresco; pero la mayor parte habían sido amasadas con la tierra, donde se veían como manchas negruzcas.

D. Heliodoro levantó la cabeza para buscar el origen de aquel rastro, y lo encontró en el ataúd, que iba filtrando, gota á gota, la sangre del cadáver traqueteado por el desigual andar de sus conductores.

Pero lo que más sorprendió al juez, fué que Melquiades, sin fijarse en ello, aplastaba con las suelas de sus zapatos aquella sangre que goteaba el interfecto.

Sañudo contuvo, á duras penas, una exclamación de sorpresa. ¡Ya tenía el indicio!

IV

El cabo de la Guardia civil acercóse apresuradamente al juez, que le había hecho una seña para que se aproximara, y esperó órdenes, inclinado respetuosamente con el fusil terciado y el tricornio en la mano.

— Cabo, hay que prender á aquel hombre.

El guardia miró en la dirección que se le indicaba.

— ¿A quién, señor juez?

— Al alguacil; al que va pisando la sangre del muerto.

Y, después de una pausa, añadió con voz algo trémula:

— ¡Lo había jurado!...

NICOLÁS DE LEYVA.

MADRID Á OSCURAS

El alumbrado eléctrico se ha propuesto matar á disgustos á sus abonados de Madrid.

Empieza una función teatral, y apenas se inicia el conflicto dramático y se presenta el traidor en escena, amenazando á la débil virtud, cuando de repente se queda á oscuras la sala, y á la función poética reemplaza la prosa de la vida, discutiéndose si ha de devolverse ó no ha de devolverse su dinero á los espectadores.

Está uno en un café entretenido en la lectura de *La Correspondencia*, mientras se enfría el humeante moka, y extinguiéndose la luz nos impide conocer lo que haya dicho Abarzuza, y si se ha dado Maura por entendido.

Come uno en la fonda, y cuando más entretenido se halla en el estudio anatómico del asado, para establecer analogías y diferencias entre el gato y el conejo, se ausenta la luz, sin previo anuncio, y tiene que esperar, para aclaración de sus dudas, á ver si siente arañazos en el estómago.

Se está contando dinero en un comercio, y hay que decir á los que nos rodean: — ¡Palmotead, palmotead sin descanso hasta que traigan luz!

El cajista de imprenta tiene que interrumpir su composición; el poeta inspirado pierde el hilo de sus rípios y la fugitiva Rima; el amante se queda sin saber el lugar de la cita que le conceden, y hay, en suma, una paralización completa de la vida social, allí donde existe el alumbrado eléctrico de la Compañía Madrileña.

En los Estados Unidos se acaba de descubrir que los criminales muertos por la electricidad resucitan, lo cual demuestra que algunos de los anteriores han sido enterrados vivos: si ahora se descubre que tampoco sirve la electricidad para alumbrar, hay derecho á preguntar: ¿Para qué sirve?

Los concurrentes á los cafés discuten, entre tanto, apasionadamente, las causas del fenómeno.

— Eso — dice uno — debe responder á la existencia de corrientes subterráneas.

— O á un castigo providencial — dice otro. — Dios no puede permitir esos adelantos, que pugnan con la revelación.

— O á atentados de los anarquistas.

— Eso consiste — dice un amigo de la Compañía — en que las calas que hacen los del gas, para buscar las fugas de este fluido, lastiman y destruyen nuestros cables.

— Y ¿por qué no los llevan ustedes resguardados por tubos de hierro? — dice un amigo de la instalación inglesa.

En las casas particulares se busca el remedio para el mal que se lamenta.

— Desde mañana — dice el padre — estableceremos un alumbrado supletorio de gas.

— Y otro de petróleo, por si se descomponen el del gas — añade la madre.

— Y un sistema de candiles — observa la hija mayor — por si el petróleo no luce.

— Y algunas libras de velas, por lo que pueda tronar.

Algunos crédulos consumidores juzgaron de buena fe en un principio, que tenían derecho á pedir la indemnización de daños y perjuicios; pero ya han podido convencerse de que las empresas están en todo, y pusieron en sus contratos una cláusula que las declara irresponsables.

Pensaron luego en pasarse á otra Compañía, y tropezaron con el inconveniente de los gastos crecidos de la nueva instalación.

Trataron de volverse al gas; pero al cabo no se decidieron, teniendo en cuenta que también en algunas noches ha sufrido debilidades y eclipses.

No hay, pues, más remedio que tomar los tiempos conforme vienen, y el alumbrado como nos lo quieran dar; transigir con la oscuridad, y sufrir con paciencia los inconvenientes de la noche, sabiendo que detrás de ésta llega el día con el espléndido sol que nunca nos niega sus claridades, su calor y su vida, sin temor á que se le corten sus corrientes, se le lastimen sus cables, ni se le fundan los alambres de sus lámparas incandescentes.

M. OSSORIO Y BERNARD

UN TIPO

EL inolvidable *Figaro*, á quien consideran muchos hombres de letras como el mejor crítico del siglo actual, publicó en la *Revista Española* del 1.º de Marzo de 1833, un precioso artículo, como todos los suyos, cuya reciente lectura ha traído á mi memoria una escena ocurrida treinta años después en la antigua redacción de *El Enano*, entre el Director del mismo, D. José Carmona, y un muchacho joven, nada corto en verdad que allí se presentó, hallándome de visita con el tenor Iruela. Tiene tantos puntos de contacto con la pintada por el malogrado Larra, que á pesar de conocer mi insuficiencia y de medir la gran distancia que hay de él á mí, no he podido resistir á la tentación de relatarla, porque además de lo dicho, estoy en la creencia de que como el protagonista de este verdadero *sucedido*, hay muchos aspirantes al toreo.

— Buenos días — dijo al entrar, quitándose el sombrero y sonriéndose; — ¿es aquí *El Enano*?

— ¿Qué se le ofrece?

— Pues hablar con el amo de él. ¿Es usted? ¿Si? Pues nada, que quiero ser torero, y que en su periódico me recomiende á la Empresa, y me trate bien cuando toree, y me ayude y empuje hasta que llegue adonde quiero, para quitar muchos moños y tener parné, y... en fin, ser torero, como lo seré, ó poco he de poder.

— Bien, hombre; bien por sus buenos deseos — díjole Carmona; — y ¿con quién ha trabajado usted y dónde?

— Toma, pues en ninguna parte; á eso vengo, á que usted me lo proporcione; y ya puesto á pedir, perdónese usted si le digo que también quiero pida un buen traje á Cayetano ó al Tato, para el primer día en que salga á la Plaza; yo no le tengo, y no es cosa de salir con taleguilla comprada en el Rastro.

— ¿Y nada más? — contestó Carmona amostazado.

— Si acaso, un capote; pero todo prestado, que yo lo devolveré puntualmente.

— ¿Y quién le ha enviado á usted aquí? ¿Por quién me ha tomado? ¿Es esta alguna agencia taurina? No siga usted, nada puedo hacer por usted en ningún sentido.

— No ¿eh?... Pues lea esa carta, á ver qué dice usted después — replicó el muchacho con aire de triunfo; — tal confianza tenía en el contenido de aquel papel.

La cogió Carmona, miró la firma, leyó el *documento* con cara de risa y me la entregó con igual fin; en cuanto ví de quién era, cambié una mirada con mis amigos y tomé la palabra.

— Vaya — dije — no hay más remedio que servir á D. Joaquín: vamos á ver, ¿cómo se llama usted?

— Francisco... N..., natural de Cuenca, de donde me trajeron á los ocho años, y...

— Bonito nombre: podrá usted apodarse Paquiro, Curro, Frasquito, Quico y hasta Farruco, si bien viene; es muy importante el mote, que á veces decide del sino de la criatura: y ya que no ha toreado nunca, habrá asistido á los mataderos y habrá leído la *Tauromaquia* de Montes y oído alguna lección de los maestros, ¿eh?

— Quiá, no, señor; los mataderos son un barullo en que nadie se entiende: leer, si sé, para qué lo he de negar; pero viendo que hay muchos toreros que no saben leer ni escribir, supongo que no hay necesidad de estudiar papeles viejos; y cuanto á lecciones, para sí las quisieran los que las dan.

— Este chico — exclamé — promete. Como tenga el mismo desembarazo que en la conversación en el redondel con el capote y los palos, ha de dar ruido. Nada, nada, hay que protegerle; diga usted á D. Joaquín que se hará lo que se pueda, y venga usted aquí el próximo domingo; pero bueno fuera que, entre tanto, procurara usted tener delante alguna res brava, ya sea en el matadero, ó donde haya capea en algún pueblo, para cerciorarse de que tiene tranquilidad en presencia de los cuernos...

— ¿Para qué? Si no la tengo, tengo pies; y lo que es á correr, vamos, que no me alcanza un galgo.

— Pero es que torear no es correr, sino todo lo contrario; el que quiera ser buen torero, ha de *parar* mucho y *acercarse*, y no huir de la fiera.

— Sí, sí, todo eso se dice, pero no se hace, y espero verlo para creerlo; á mí me ha dicho el Sr. D. Joaquín Marraci, de quien es esa carta, que contando con el periódico de toros, con mi ligereza y con la recomendación de mi padrino, *seré torero*; con que...

— ¿Y quién es su padrino? — dijimos todos á una voz.

— El Diputado B..., hermano del Gobernador, que también es hermano mío... de leche, porque mi madre crió á aquél y nos queremos, aunque siempre me está regañando porque dice que no trabajo. Pues ahora verá.

— Bueno, bueno; vaya con Dios, y hasta el domingo. Se hará por usted lo que se pueda.

— Estos chicos — dijo Carmona — creen que ser torero es la cosa más fácil del mundo. Ni han visto toros, ni aprendido nada; y animados por cuatro aficionados de buen humor, á quienes gustan los volteos, pateaduras y coscorriones, se lanzan á la arena á que los partan por el eje. Esa es una brutalidad.

— Pues porque es bruto y nada corto, y tiene padrino á quien no importa que le rompa los huesos un toro, y el hombre confía más en su ignorancia que en su entendimiento — dijo Iruela — ya vaya al cementerio ó al montón, ese chico **SERÁ TORERO**.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

	Págs.
PEÑA Y GOÑI (Antonio).—Guerritiana.....	326
— Y dale con Guerrita.....	311
— Guerrita.....	364
— ¡Chi-na-na! ¡Chi-na-na!.....	374
— ¿Y ese reglamento?.....	386
— ¿Dónde vas con mantón de Manila?.....	398
— En defensa de Bretón.....	410
— Redobles.....	422
— El sacrificio de Isaac.....	434
PÉREZ NIEVA (A.) Cuatro estrellas.....	243
— La vuelta de los tambores.....	306
— La res á bordo.....	370
— El héroe de los Castillejos.....	440
PÉREZ ZÚÑIGA (Juan).— Aprende de mí.....	3
— Los polvos de la madre Cunegunda.....	106
— El cuerno floreciente.....	130
— El real de la feria.....	334
PÉREZ Y GONZÁLEZ (F.)— La despedida.....	282
— Metempsicosis.....	363
— Los 4 gRandes FeloMeNos.....	426
Recortes. — Todos los números.....	
RENÁN (E.)— La lengua francesa.....	197
RETES (Francisco Luis de).— El alma.....	18
RODRÍGUEZ CHAVES (A.)— El aula en que más se aprende.....	31
— Grandezas del rey Felipe.....	46
— La fiesta del Sauto.....	91
— Frutos dañados.....	101
— Distintos premios.....	175
— Culpas pasadas.....	237
— Las gradas de la Victoria.....	274
— ¡Buena vendimia!.....	330
— Gloria.....	382
— Ejemplo de amadores.....	401
SACO (Eduardo).— Los gordos.....	230
— Nadie se muere.....	319
San Sebastián.....	200
SÁNCHEZ PÉREZ (Antonio).— Falsos testimonios.....	8
— Extravagancias.....	40
— Perifollos.....	136
— A reformar tocan.....	314
— Ya lo ven ustedes.....	321
— Por fin.....	400
SÁNCHEZ DE NEIRA (J.)— Allá veremos.....	9
— Dos aragoneses.....	20
— Siga el embrollo.....	29

	Págs.
SÁNCHEZ DE NEIRA (J.)— El sorteo.....	44
— El blasón.....	53
— Protesta.....	62
— ¡Ay, qué banderilleros!.....	89
— Guerrita.....	100
— El rey se divierte.....	116
— Si no que.....	123
— ¡Pobre Manuel!.....	134
— El ganadero y los toros de lidia.....	164
— La música y el toreo.....	201
— De cómo murió el Espartero.....	236
— Valentías y temeridades.....	245
— Un loco y un sabio.....	263
— Una becerrada notable.....	266
— Otra que tal.....	302
— Cuenta pagada.....	338
— Así eran entonces.....	362
— Como son hoy.....	376
— Cara ancha.....	389
— Un tipo.....	443
SILES (José de).— La bella tabernera.....	272
SOBAQUILLO. — Currito.....	160
SORIANO (Rodrigo). — Crónicas del arte.....	118
— Exposición del Circulo de Bellas Artes.....	137
— Muley Hassan.....	153
— Carnot.....	176
— D. Jaime de Borbón.....	225
— Las fiestas de Loyola.....	254
— El «Vizcaya».....	269
— Batallón infantil.....	297
TODO Y HERRERO (Mariano del). — De refilón.....	3
— Un día negro.....	125
— D. Esteban Hernández y Martínez.....	202
— Informe.....	262
— ¡Otro!.....	285
— Por el hilo de las tablas.....	431
URRECHA (Federico). — Cuentos del vivac.....	34 y 112
VALLEJO (Juan). — Consulta.....	262
VELILLA (Mercedes). — Cantares.....	155
— Contemplación.....	287
Vidriera de la Diputación provincial de San Sebastián.....	323
ZAHONERO (J.)— El abuelo y el nieto.....	260
— El espía alemán.....	279
— Un jefe de guerra.....	379

CROMOS Y AGUARELAS

	Págs.
ALBERTI (F.).— En el ángel caído.....	373
— De las calatravas.....	409
ANDRADE. — La tocadora.....	145
ASPIAZU. — En las carreras.....	411
— Deporte de moda.....	430
BANDA (Eduardo). — Pintores militares.....	78
— El tambor.....	87
— El cuerpo de guardia.....	193
— El juglar.....	214
CARCEDO (P.)— La burgalesa.....	162
— La horchatera.....	183
CARDONA (P.)— Paisaje.....	262
CEBRIÁN (J.)— Una segoviana.....	63
— Descansando.....	73
— La gallega.....	270
— La alcarreña.....	303
— Al mercado.....	331
CILLA (Ramón).— Aprende de mí.....	3
— Indumentaria taurina.....	16
— Los tenores.....	17
— El aula en que más se aprende.....	31
— El sexo fuerte.....	42

	Págs.
CILLA (Ramón).— Modos de volver á casa.....	58
— Documentos humanos.....	67
— Día completo.....	94
— ¿Qué queréis tomar?.....	103
— El pretendiente tenaz.....	127
— El cuerno floreciente.....	130
— El ladrón inconsciente.....	135
— López Silva.....	151
— El sport.....	163
— Tabacalerías.....	186
— Playeras.....	199
— Novela de verano.....	223
— A la orilla del mar.....	238
— Exposición fotográfica.....	258
— La despedida.....	282
— Cómo bailan las mujeres.....	286
— La caza.....	291
— Nadie se muere.....	319
— Guía de Madrid.....	322
— ¡Buena vendimia!.....	330
— La poesía á través de los siglos.....	346
— El bandido generoso.....	318

	Págs.		Págs.
CILLA (Ramón). — Primeros espadas.....	378	PEREA (Daniel). — Toros en el Pardo.....	399
— Gloria.....	382	— Despedida de Cara-ancha.....	423
— Los tenorios.....	391	PICOLO (M.) — Melancolía.....	49
— ¿Para qué os vestís de frac?.....	402	— La fiesta del santo.....	91
— Abrigarse.....	418	— Los polvos de la madre Cunegunda.....	106
— Primeros espadas.....	442	— Crisálida y mariposa.....	109
CUARTIELLES. — La asturiana.....	175	— Los dos rivales.....	121
Cuello Postizo (El).....	429	— Si no que.....	123
CUSSACHS. — Pintura militar.....	159	— Consejos paternales.....	154
ESTEVAN (E.) Cuentos del vivac..... 34 y	36	— ¿Volverá?.....	157
— De Triana.....	97	— La murciana.....	210
— El sargento.....	190	— La cordobesa.....	219
FERNÁNDEZ MOTA. — El parador.....	173	— La charra.....	234
— Dar de beber al sediento.....	181	— La sevillana.....	250
— El gazpacho.....	241	— La vuelta del marino.....	259
— Siempre en campaña.....	265	— Las gradas de la Victoria.....	274
Guerrita preparando un recorte.....	231	— Después del ojeo.....	289
FERRY. — Al santo.....	85	— Las rosas de te..... 294 y	295
— En el tolo.....	147	— Los laceros.....	301
Gran encargo (Un).....	310	— En maniobras.....	313
HUERTAS. — Soledad.....	1	— Vendimiadoras.....	337
KLONG. — Recortes.....	24	— Las últimas hojas.....	361
LAGARDE. — La vuelta de los tambores..... 306 y	307	— Los predestinados.....	399
MÉNDEZ BRINGAS. — En la plaza de S. Marcos de Venecia.	25	— Los domingos de Torrijos.....	406
NAVARRO (Román). — La pintura militar.....	55	— Camino del mercado.....	433
PEREA (A.) — Romeo y Julieta.....	13	— Los dos záfiros..... 438 y	439
— Industria madrileña.....	54	PLA (Cecilio). — Carmen.....	37
— La tierra.....	61	— Un buen partido.....	133
— La camarera.....	205	— El calor.....	171
— El encuartero.....	217	PONS (Angel). — Recortes..... 12 y	120
— Cuatro estrellas.....	243	— Tipos.....	30
— En Agosto.....	253	— Dos valientes.....	43
— Campesinos.....	325	— ¿A qué van al Retico?.....	70
— La res á bordo.....	370	— Dime cómo comes.....	82
— Un jefe de guerra.....	379	— Invitaciones.....	102
— Una declaración.....	385	— Como andamos.....	126
— Periquito hecho fraile.....	403	— Los jóvenes de provincias.....	142
— Pago el alquiler de este caballo.....	421	— ¿Qué es la vida?.....	150
PEREA (Daniel). — Enlazar en campo abierto..... 6 y	7	— El suicidio de hoy.....	166
— El hombre tercero.....	10	— Le monde chic.....	174
— Dos aragoneses.....	20	— Delicias campestres.....	187
— La vocación.....	27	— Se prohíbe fumar.....	195
— Un toro de cabeza.....	39	— Problema anual.....	211
— Efectos del acoso.....	51	— Una belleza.....	226
— Fiesta de gitanos.....	66	— ¿Para qué montan en bicicleta?.....	235
— El apartado.....	75	— Las criadas.....	246
— En el santo.....	91	— Como se hace el amor.....	255
— Guerrita confiado.....	99	— Playeras.....	271
— El rey se divierte..... 116 y	117	— Cásate y verás.....	283
— Mannel García (el Espartero)..... 138 y	139	— Empieza la temporada.....	310
— Antonio Fuentes y el toro <i>Molinero</i>	178	— Las primeras gotas.....	318
— Galanterías de antaño.....	198	— El real de la feria.....	334
— D. Esteban Hernández.....	202	— Una noche en el tren.....	343
— Suerte de mancornar.....	207	— A reformar tocan..... 314	315
— Librar la acometida.....	222	— Metempsychosis.....	363
— Después de una estocada.....	247	— ¿Dónde pasan ustedes la velada?..... 366 y	367
— La becerrada.....	267	— Los maridos.....	391
— ¡Vamos pronto!.....	298	— De lo que se debe hablar á las mujeres. 414 y	415
— Armilla pareando.....	315	— Los 4 gRandes FeloMeNos..... 426 y	427
— Querencia natural.....	327	— El juicio de París.....	435
— El paso interceptado.....	339	REINIQUE. — Silueta de un drama.....	277
— El naturalista sorprendido.....	312		
— Una corrida en Villaviciosa.....	375		
— Un recorte de Guerrita.....	387		

Actualidades, retratos é ilustraciones en negro, de los artistas mencionados.



¡¡ MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO !!

!!! Curiosa Revelación !!!

Único remedio inofensivo y muy eficaz, de bases vegetales que cura la impotencia y el debilitamiento viril, devuelve el vigor y aumenta la fuerza en todas las personas de uno y otro sexo, debilitadas por la edad ó los excesos. ¡Señoras y caballeros! pedid el método y consejos confidenciales en letra franca de porte. Se hace el envío á cambio de 60 céntimos. Discreción. Pónganse las señas de E. PAUL, EN SAINT OUEN, SUR SEINE. FRANCIA.

DROGUERÍA Y PERFUMERÍA CHINA

PLAZA DEL ANGEL, 17

Completo surtido en perfumes y objetos de tocador, recomendado por sus excelentes resultados higiénicos, el agua de Colonia, polvos de arroz y veloutina, productos especiales de esta casa.

AGUA DE COLONIA IMPERIAL
PRODUCTO ESPECIAL DE LA PERFUMERÍA INGLESA
S. ROMERO VICENTE

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 3, MADRID

Frascos de 1,50, 2, 3, 5, 10 y 20 pesetas.— Medio litro, 4 pesetas.

NOTA. Para que todo el mundo pueda apreciar las buenas condiciones higiénicas de este producto y las compare con otras, se venderá hasta en cantidades de cincuenta céntimos.

ÚNICA CASA EN MADRID QUE EXPENDE

VINOS PUROS DE JEREZ

AL POR MAYOR Y MENOR

BODEGA CASTELLON

LOS JEREZANOS

4-CAMPOMANES-4

LA URBANA

CÓMPAÑIA ANÓNIMA DE SEGUROS

Á PRIMA FIJA

CONTRA EL INCENDIO

EL RAYO Y LAS EXPLOSIONES DEL GAS Y DE LOS APARATOS DE VAPOR

FUNDADA EN 1838

ESTABLECIDA EN ESPAÑA DESDE 1848

Domicilio social

CALLE LE PELETIER, 8 Y 10. — PARÍS

Representación general en España

PUERTA DEL SOL, 10 Y PRECIADOS, 1

MADRID

LAS GLORIAS DEL TOREO

POR

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Cuadros biográficos, lances y desgracias de los diestros más célebres, desde Francisco Romero hasta nuestros modernos lidiadores, y costumbres de los pueblos aficionados á esta clase de espectáculo.

De venta en casa de los editores *Saenz de Jubera, Hermanos*, calle de Campomanes, 10, Madrid, al precio de 5 pesetas, encuadernado en rústica.

Establecimiento Tipolitográfico

DE

JULIÁN PALACIOS

27-Calle del Arenal, 27.-Madrid

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de trabajos artísticos y comerciales.

LIBRO NUEVO
GUERRITA

POR
Antonio Peña y Goñi.

Un tomo de 418 páginas, con el retrato del célebre diestro cordobés.

PRECIO: 4 PESETAS

A los corresponsales y suscriptores de LA LIDIA, 20 por 100 de descuento.

ACADEMIA CÍVICO-MILITAR

PREPARATORIA

PARA INGRESO EN TODAS LAS MILITARES

PLAZA DE SAN MIGUEL, 8.-MADRID

En la última convocatoria ganaron sus alumnos 25 plazas entre todas las Academias, consiguiendo en la de Infantería mayor número que ninguna otra preparatoria.

¡La más alta recompensa concedida en la Exposición Universal de Chicago!!

LA COMPAÑÍA FABRIL «SINGER»

HA OBTENIDO 54 PRIMEROS PREMIOS

*Siendo el número mayor de premios alcanzados entre todos los expositores,
Y MÁS DEL DOBLE*

DE LOS OBTENIDOS POR TODOS LOS DEMÁS FABRICANTES DE MÁQUINAS PARA COSER, REUNIDOS.

CATÁLOGOS ILUSTRADOS

SUCURSAL EN MADRID

CATÁLOGOS ILUSTRADOS

GRATIS

23-CALLE DE CARRETAS-25

GRATIS

CH. LORILLEUX Y C.^a

MADRID, Olid, 8.-BARCELONA, Casanova, 28 y
PARÍS, rue Suger, 16.

TINTAS PARA IMPRENTA Y LITOGRAFÍA
NEGRAS Y DE COLORES

TANTO PARA ILUSTRACIONES COMO PARA OBRAS, PERIÓDICOS
Y CARTELES

Artículos en general para litografía y especialidad para encuadernaciones. Pastas para rodillos, barnices de todas clases, colores en grano, etc., etc., y todo cuanto pueda convenir, tanto para Tipografía como para Litografía.

FÁBRICA EN BADALONA

ADMINISTRACIÓN Y DEPÓSITO:

CALLE DE CASANOVA, NÚM. 28. — BARCELONA

FÁBRICA EN LISBOA

Agente para Portugal, CARLOS CORREA DA SILVA.

Administración y Depósito: Serpa Pinto, 24-26.

CHOCOLATES SUPERIORES

EXQUISITOS CAFÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

COMPañÍA COLONIAL

CALLE MAYOR, 18.—Sucursal: MONTERA, 8.—MADRID

¡¡¡ VIVIR PARA VER!!!

¿Queréis la felicidad para toda la vida? ¿Sí?
Pues mandar **una peseta** en libranza á

D. SERRANO ANTEQUERA (Málaga)

y recibiréis la clave para vuestro porvenir.

AGENTE EXCLUSIVO DE «LA LIDIA» EN BUENOS AIRES

LUIS CAMBRAY

548—CALLE DE SAN JUAN—548